

DOMINGO CUARTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos, 4, 8-12): *En el nombre de Jesucristo Nazareno.*

Salmo (117, 1 y 8-9; 21-23, 26 y 28-29): *«La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular»*

2ª lectura (1ª Juan, 3, 1-2): *Ahora somos hijos de Dios.*

Evangelio (Lucas 24, 35-48): *El buen pastor da la vida por las ovejas.*

A nadie le extraña oír hablar de la crisis del liderazgo en el mundo. Es casi una charla común. Se habla de eso en cada uno de los corrillos y lo oímos en los noticieros, sobre todo en los que han dejado de ser siempre favorables a las autoridades de un determinado lugar y tratan de reflejar y exponer lo que otras personas piensan de aquellos que dirigen los rumbos de su ciudad, de su región, de su nación o incluso de los que buscan marcar el rumbo del mundo entero.

Las críticas no se hacen esperar. Los líderes están más expuestos que nunca y sus “errores” no pasan ya inadvertidos ni pueden ser fácilmente soslayados. Se habla de la necesaria transparencia y de una debida rendición de cuentas. Todo esto ha abonado a una crisis de credibilidad en quienes dirigen, en los que guían, en los que mantienen cualquier tipo de autoridad. Los seres humanos nos sentimos más maduros que antes y pensamos que tenemos el derecho de hablar con claridad sobre todos esos errores que, según nuestro propio criterio, pensamos aquejan a nuestra comunidad, a la sociedad, incluso a toda la humanidad.

Nunca ha sido fácil ser un líder. Y hoy resulta mucho más arduo. El problema se vuelve más complejo porque la debilidad del liderazgo no afecta solamente a quienes están al frente en los asuntos políticos o religiosos, sino a todos los que deben dirigir un segmento u otro de la sociedad.

Los líderes políticos de todos los colores nos han hecho ver muy claramente que son muy pocos los que están de veras cualificados para dirigir teniendo en cuenta el bien de la población. Otro tanto podemos pensar de los líderes sindicales, de los líderes de opinión, de los analistas y comunicadores, de los artistas y deportistas, y prácticamente de cada ámbito social o cultural. **¿Será acaso que siempre llegan a esos puestos los peores?**

Basta darnos cuenta de la pobreza del liderazgo: Los acuerdos entre formaciones políticas duran dos días, quizás porque lo que les interesa es medrar y ocupar espacios de poder. Lo mismo ocurre en el seno de muchas familias. Padres y madres que se sienten desbordados ante el reto de la formación y educación de los suyos, esposos que hacen meses decían no poder vivir uno sin el otro, y que ahora se gritan que no se soportan...

Seguimos en Pascua, celebrando la Vida, y viviendo el Amor de Jesús, que Resucitado triunfa sobre la injusticia y la muerte, y nos lanza a vivir resucitados en todo momento de la vida. Y en este día nos dejamos guiar por Jesús, Buen Pastor, con esa imagen tan sencilla. Jesús es el Pastor que va delante de nosotros, mostrándonos el Camino.

Este vivir en el Amor y del Amor no es algo pasajero. Es algo permanente, que vamos haciendo posible con tesón, con fe y entrega, y sobre todo con la fuerza del Padre que nos regala a su Hijo Jesús resucitado. Jesús es la plenitud del Amor, la entrega del Padre, y es también la capacidad que Dios pone en nosotros para ser capaces de transformar lo que es contrario al bien, a la dignidad de las personas, a la vida de sus hijos.

Claro, esto del testimonio de vida, ser fieles con lo que creemos, no está muy de moda. Cuando los primeros cristianos buscan el bien de los hermanos, ya se les criticaba su actuación. Entre nosotros también surgen recelos cuando vemos a alguien trabajando a favor de la Iglesia y de la sociedad, solemos decir que “algo querrá” y lo tachamos de “beato”.

No acabamos de entender que es posible ser fiel y acoger la llamada de Dios en la propia vida. Tenemos que darnos cuenta de que la llamada, y la fuerza, no es nuestra, es siempre de Jesús resucitado, el fundamento de la vida cristiana. Pero, ojo, entrega y actuación a favor del bien y de la vida de las personas. Para que se haga su voluntad, la vida de los hijos.

O sea, que el Amor de Dios, del que somos partícipes, no son palabras de bien quedar. Es entrega de lo más preciado del Padre, su Hijo. Con qué grandeza lo dice san Juan: *«mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos suyos pues ¡lo somos!»*. Hijos en el Hijo. Hijos nacidos de Dios por pura gracia y bondad. Siguiendo a Jesús, que camina por delante

La imagen de Jesús como el Buen Pastor nos puede parecer algo de tiempos lejanos. Bien es verdad que ver pastores en el campo cuidado su ganado es cada vez más difícil, pero todos sabemos y sentimos lo que Jesús nos quiere transmitir. Él es el Buen Pastor, desde la entrega total a todos. Miremos, si no, cuáles son sus acciones: dar la vida por sus ovejas, no huir ante los peligros, conocer a los suyos, llevarlos a lugar seguro (al mismo Padre), abierto a todos, hablando a cada uno para que conozcamos y escuchemos su voz.

Jesús, Buen Pastor, nos da toda su Vida, su Amor, para que vivamos en el amor. Ojalá escuchemos hoy y siempre su voz.